

No hay lugar en la concepción spinoziana para la libertad en sentido estricto; a lo sumo un peculiar concepto de libertad identificada con la ausencia de coacción, con la consiguiente identificación de la libertad de los agentes intelectuales con la espontaneidad natural de los agentes naturales.

Tampoco queda espacio en el pensamiento de este autor para el concepto de Creación, y menos aún para el de religión revelada.

J. L. Fernández aborda todas estas cuestiones con la objetividad que caracteriza toda su investigación, que permitirá al lector percibir por sí mismo las dificultades que entraña la compleja doctrina spinoziana.

La exposición del pensamiento de Locke, a la que se dedica el capítulo cuarto, se desarrolla en dos apartados. A saber, la idea de Dios, que no es innata sino adquirida, y la existencia de Dios como tarea de la razón. En mi opinión cabe señalar aquí que, con independencia de las observaciones que puedan hacerse a estas tesis, son particularmente claras en contraste con las enmarañadas tesis de los autores anteriormente estudiados.

Por lo que se refiere a Berkeley, al que se dedica el capítulo quinto, hace observar el Profesor Fernández cómo uno de los objetivos de la filosofía del autor de la famosa tesis "*esse est percipi*" es la consideración de Dios, pero no aislada de su teoría del conocimiento, pues depende inmediatamente de su doctrina de la percepción.

Desde esta doctrina de la percepción Berkeley niega el valor de las pruebas *a priori* que arrancan de la idea de Dios, como también las pruebas *a posteriori* que suponen la existencia de las sustancias materiales al margen del sujeto que las percibe.

Se requiere, pues, según Berkeley, un nuevo tipo de pruebas *a posteriori* fundadas principalmente en la pasividad de las ideas, así como en la continuidad de las ideas, en el movimiento y en el lenguaje visual. A cada una de estas pruebas se presta la debida atención en este capítulo.

La presente investigación se cierra con el capítulo sexto, dedicado al pensamiento de Hume sobre Dios.

En notoria contradicción con los filósofos anteriormente estudiados que dan muestras de su esfuerzo en pro de la racionalidad de la existencia de Dios, Hume dedica muchas

de sus páginas al tema de la religión. No precisamente para defender su racionalidad, sino para atacarla en sus fundamentos.

J.L. Fernández menciona a este propósito su *Tratado sobre la naturaleza humana*, que, como es sabido, termina admitiendo como proposiciones significativas únicamente las proposiciones formales de la lógica y de la matemática, y las proposiciones de hechos empíricamente verificables, con el consiguiente rechazo de todo lo perteneciente al ámbito de la metafísica, como es, entre otros temas, el concepto de causa.

También hace mención del *Ensayo sobre el entendimiento humano*, que contiene una sección en contra de los milagros y de las profecías, así como su *Historia natural de la religión* y sus *Diálogos sobre la religión natural*, que aparecieron después de su muerte, en los que se pretende dejar fuera de combate la divinidad.

Pero es sobre todo a la crítica de Hume a las pruebas de la existencia de Dios, y, en especial, al argumento del orden, a la que se presta una completa atención en este último capítulo.

Nos encontramos ante un trabajo que añade a sus indiscutibles méritos de investigación rigurosa el reunir en un solo volumen el pensamiento disperso de estos filósofos modernos, que contribuirá ciertamente a potenciar el interés de la filosofía actual en un tema tan central en la filosofía de todos los tiempos.

Modesto Santos Camacho

* * *

Javier Hernández-Pacheco, *El duelo de Atenea. Reflexiones sobre guerra, milicia y humanismo*. Ed. Encuentro. Madrid, 2008. 192 páginas. 23 x 15. Rústica.

El libro recoge un importante conjunto de reflexiones sobre la función del ejército como garante de la libertad de las naciones. Es un libro que debía ser escrito puesto que en el panorama actual existe una fuerte confusión sobre la finalidad y la importancia de dicha institución. En España se la suele

prácticamente ningunear en los presupuestos y sólo aparece y se la justifica en tanto que organización humanitaria. El libro pone en crisis en su tesis principal que la libertad sea algo que ya tengamos ganado para siempre y que, en consecuencia, podamos prescindir de la defensa de un sistema de gobierno que ha costado muchos miles de años conseguir y a costa de las vidas de muchos de nuestros antepasados. Contiene una gran cantidad de referencias históricas que iluminan la argumentación y un interesante aparato crítico que muestra el camino que ha seguido en su investigación. La obra está estructurada en una introducción y cinco capítulos de los que paso, a continuación, a dar cuenta de su contenido. Cuenta además con una extensa bibliografía final.

La palabra militar proviene del latín *miles*. Y, originariamente, el *miles* era el ciudadano que toma las armas en defensa de la justicia y de las libertades públicas. Es un ciudadano que tiene conciencia de que es el derecho el que garantiza su vida civilizada frente a la barbarie y cuando ve su sistema amenazado tiene como virtud ofrecer la vida para salvaguardar el sistema que le ha garantizado una vida digna a través de la libertad. Lo que está ocurriendo hoy en día con el ejército no responde a su situación original de defensa de la libertad que hacían los hombres libres, sino que la conciencia que se tiene de él lo ha convertido en una institución inútil válida solo en tanto que puede servir para proporcionar ayuda humanitaria y siempre y cuando su presencia no quite excesivo dinero del presupuesto porque hay que dedicarlo a otros fines más importantes. A esa situación Pacheco la califica de “cortocircuito conceptual” de la sociedad civil con respecto a la función de los ejércitos. Ese cortocircuito se muestra en que en amplios sectores de la sociedad sostener un ejército competente se identifica sin más con belicismo o militarismo ya que la ideología al uso es la de un pacifismo que lo ve como algo absolutamente inútil y, por tanto, como una institución que debe ser superada. Si fuera verdad que la libertad no estuviera amenazada, ciertamente el ejército estaría de más. Eso lo reconoce Pacheco en la página 85: “En la medida en que haya espacios abiertos de libertad, la no violencia

es la única vía de reivindicación moralmente asumible, tanto en el orden civil interno como en el del concierto (o desconcierto) de las naciones”. Pero su tesis es que tener la libertad ganada no corresponde a una situación natural del hombre ya que más bien lo que en él aparece es la guerra de todos contra todos, “situación de la que arduamente vamos saliendo a costa de civilización y a la que revertiríamos si olvidásemos que la *civitas*, como ámbito de (relativa) armonía, es un espacio delimitado por una voluntad de defensa, por un muro en tiempos antiguos, frente a las amenazas a las que siempre está sometida esa convivencia ciudadana por las fuerzas extrañas, que los griegos llamaban de barbarie” (pág. 40). Precisamente por ello la reflexión que hace sobre el ejército es en su raíz filosofía política y no una apología de la agresividad.

En el capítulo segundo se realiza una antropología del soldado en la que en primer lugar se trata de la valentía como su virtud clásica. Desde antiguo se ha considerado así y aquí se la estudia como aquella virtud propia del ciudadano que le lleva a resistirse a la agresión de la que es objeto. Esa situación cobra más importancia cuando lo que se está jugando es el mismo ámbito de libertad en el que se mueve el ciudadano, lo cual justifica —es una de las tesis principales del autor— que se arriesgue la vida en su defensa. En este lugar se realiza un interesante análisis, que tiene su fondo en la dialéctica del señor y del esclavo, según el cual aquel que es capaz de asumir la muerte en la defensa de su libertad es el que se convierte en auténtico señor, es decir, es el que es auténticamente libre. En este sentido se hace una distinción entre una sociedad que renuncia a toda agresión pero que vigila sus libertades y una sociedad pacifista: “Por lo mismo que una sociedad justa renuncia toda agresión, una comunidad pacifista y sin voluntad de defensa demuestra en su cobardía que nada valen para ella esas libertades, por las que siempre vale la pena morir. El pacifismo, por lo mismo que es cobarde, socava los cimientos de la libre convivencia, de toda convivencia” (págs. 66-67). La sociedad política es un ideal de libertades que debe recoger y honrar la memoria de todos aquellos que lucharon por

la ganancia en libertad y, de hecho, parte de la actividad del ejército consiste en realizar la liturgia de honra a los caídos y de mantener viva su memoria como ejemplo para las generaciones presentes.

El capítulo tercero está dedicado a las virtudes y vicios castrenses. La idea que lo recorre es que hoy en día la misión del ejército es estar preparado para defender a la nación de posibles agresiones. En la medida en que la agresión es una posibilidad cada vez más lejana uno de los peligros mayores en el ejército es el aburrimiento. Ciertamente son las misiones humanitarias las que hacen que esa preparación tenga una eficacia más allá del juego, pero el ejército no es sólo eso. Así como la vida en el ejército comporta virtudes como la disciplina, la obediencia y un amplio sentido del honor, sin embargo la sensación de estar siempre jugando a la defensa puede bajar la moral sino existe una conciencia fuerte de la misión y hace caer al soldado en el alcohol, el juego y en un excesivo galanteo que puede llevar a jugar con la vida de sus conquistas. Se hacen en el capítulo interesantísimas justificaciones sobre las virtudes del honor y la obediencia que tienen consecuencias importantes, por ejemplo, la caracterización que hace Pacheco de la obediencia hace, así se afirma en la página 107, que no se pueda admitir la justificación de crímenes militares atendiendo a una supuesta “obediencia debida”.

El capítulo cuarto trata del militarísimo concepto de patriotismo. Ciertamente que en España, debido a circunstancias trágicas, es un concepto que entraña malos recuerdos y que por tanto se comprende poco. Pero en otras tradiciones ajenas a nuestra historia nacional reciente el patriotismo adquiere una gran fuerza y está unido a los colores de una bandera o a la música de un himno. La noción de patria está unida a la tierra donde se vive y su defensa se vuelve fundamental por varios motivos: la tierra que ocupamos es la que nos da trabajo y alimentos, es aquella que acoge nuestro hogar y en la que se formó la cultura y es, por último, aquella donde reposan nuestros antepasados y donde reposaremos nosotros, lo cual le confiere un importante sentido sagrado.

Todo ello convierte a la tierra en raíz con la que nos identificamos y que permite el crecimiento del sistema cultural. El compromiso de defensa de ese bien raíz es el patriotismo.

El capítulo quinto trata de una cuestión que a primera vista pudiera resultar conflictiva, pero Pacheco la trata con tal delicadeza y midiendo tanto su punto de vista que hace que se lea con gusto y se reflexione intensamente sin excesivo apasionamiento. Se titula *¿Progresismo castrense?* Su intención es analizar cómo si, de hecho, la izquierda se ha manifestado revolucionariamente combativa y se ha apoyado en el ejército para obtener sus fines, ha derivado al pacifismo de la izquierda actual. La razón principal, entre otras que aporta Pacheco, tiene que ver con la revolución del 68 y con lo que Marcuse llamó el final de la utopía. Pensar que el camino que lleva la sociedad no es otro que el de una toma de poder que se convierte en el fin de la sociedad misma, lleva a un desencanto que hace que los esfuerzos de la izquierda se vuelvan hacia la marginalidad y sea incapaz de ofrecer un modelo utópico plausible frente al camino que está recorriendo la sociedad hoy en día. Lo que podríamos llamar una izquierda fuerte queda recluida en ámbitos sociales muy estrechos de los que hoy por hoy tiene pocas posibilidades de salir. Pero esa izquierda radical despierta numerosas simpatías que tienen una importante resonancia en cómo se considera al ejército. La necesidad urgente de justicia social *ya*, hace que no se vea con buenos ojos el gasto en cazas o en carros de combate y hace que se pierda de vista que el sistema que puede permitir la realización de la justicia social es una conquista de la libertad que ciertamente es frágil. La revitalización que hace Pacheco del concepto de utopía es importante para una sociedad que debe cambiar su desencanto por un proyecto de futuro que no sólo se agota en cada estado particular sino que debe englobar a la humanidad en su conjunto. Dice por ejemplo en la página 183: “Las patrias viven de las utopías, de la idea de que la humanidad es un proyecto compartido en el que la libertad se despliega como progreso. Sólo entonces la vida común se hace patrimonio, porque es legado recibi-

do que hay que transmitir. Eso y no otra cosa es la patria". Garantizar el sistema de libertades y proyectarlo hacia el futuro en un ámbito donde toda la humanidad viva en paz y en armonía con el planeta es la utopía de la que se encarga el ejército y es la enseñanza última que nos quiere transmitir el autor con sus reflexiones y la que ha atravesado el conjunto de la obra. Por ello afirma: "Espero haber dejado claro en estas páginas que lo que hace honorable la vida del soldado es una visión utópica de la vida de los hombres. No hay militar sin ideal. Y más, que este ideal no es otro que el de una libertad compartida en paz" (pág. 186). El autor reconoce que esta idea puede resultar un tanto ingenua. Pero lo resultaría si sus análisis no hubieran mostrado atendiendo a la historia el profundo fondo en el que se apoya. Quizás lo resulte a quien piense que todo está hecho y que no hay nada que cambiar ya sea porque vivamos en el mejor de los mundos posibles o en el único mundo posible. Pero el análisis antropológico que realiza Pacheco muestra una visión del hombre como proyecto que ha conseguido importantes logros en la historia y la pregunta que surge ante eso es: ¿por qué no aspirar a más? Si el hombre está constantemente descubriendo horizontes nuevos no es ingenuo decir que esa actividad forma parte de su consistencia como hombre.

El libro es importante puesto que nos saca de los prejuicios habituales con respecto a la institución armada y hace que la comprendamos mejor en su esencia. Es un libro muy educado en el que se afirman conceptos que no son nada políticamente correctos. Es un maravilloso libro de filosofía lleno de sugerencias y de referencias a las más importantes tradiciones históricas de Occidente con el que se aprenden no sólo datos sino también y muy principalmente un conjunto de teorías para comprender la función del ejército en las sociedades contemporáneas. Y, sobre todo, es un libro esperanzador que analiza con detenimiento por qué tenemos que guardar y defender el amplio abanico de libertades para toda la especie humana que tanto ha costado conquistar.

Francisco Rodríguez Valls

* * *

Fernando Inciarte; Alejandro Llano,
Metafísica tras el final de la metafísica,
Madrid, Cristiandad, 2007, 381 pp.

Metafísica tras el final de la metafísica, pretende confirmar una reiterada paradoja que hoy día se habría agudizado aún más en el llamado *posmodernismo filosófico*. En efecto, a medida que aumentan las críticas formuladas a la peculiar estrategia fundamentadora última de la metafísica, este saber se habría consolidado aún más, a pesar de su aparente debilidad argumentativa. A este respecto se propone reiniciar un *renacimiento* cultural de la metafísica clásica del que incluso podría salir aún más *revitalizada*, por más que el *postmodernismo filosófico* afirme lo contrario, sin que en ningún supuesto se pueda dar por clausurada esta forma de justificar el saber. A este respecto conviene hacer notar desde un principio la fuerte carga testimonial de la presente monografía, como también ha querido reflejar la editorial al poner en la portada una fotografía de los dos autores. Por un lado, Fernando Inciarte (San Sebastián, 1929 - Pamplona, 2000), español afincado en Alemania, especialista en la metafísica de Aristóteles y profesor de Filosofía en la Universidad de Colonia, Friburgo y Münster, donde también fue catedrático y decano de la Facultad. Por otra parte, Alejandro Llano (Madrid, 1943), profesor de filosofía en Valencia y catedrático de Metafísica en Madrid y Navarra, donde también ha sido rector, y a quien Inciarte le habría transmitido un peculiar estilo *analítico* de afrontar la metafísica, a raíz de los frecuentes contactos que ambos mantuvieron en Alemania. A su vez Llano explica en el Prólogo como Inciarte le habría enviado el manuscrito original que ahora publican ambos, con aportaciones que no se quedan en una mera corrección de estilo.

A este respecto Fernando Inciarte y Alejandro Llano toman como punto de partida de su justificación de la metafísica el diagnóstico tan negativo que el *posmodernismo filosófico* formuló sobre la situación actual de *crisis* o incluso de la *muerte de la filosof-*